



F626 in  
DT. 457  
c.2

DOCUMENTO DE TRABAJO  
FLACSO - PROGRAMA CHILE  
NUMERO 457, AGOSTO 1990

BIBLIOTECA  
FLACSO  
SANTIAGO

14.018 (comp)

243

EL INVOLUCRAMIENTO SUBJETIVO DE LA  
MUJER EN POLITICA:  
EXPLORACION DE ALGUNAS HIPOTESIS (\*)

ANGEL FLISFISCH

\* Trabajo preparado para el seminario Existe la vocación política en la mujer?, organizado por PARTICIPA.

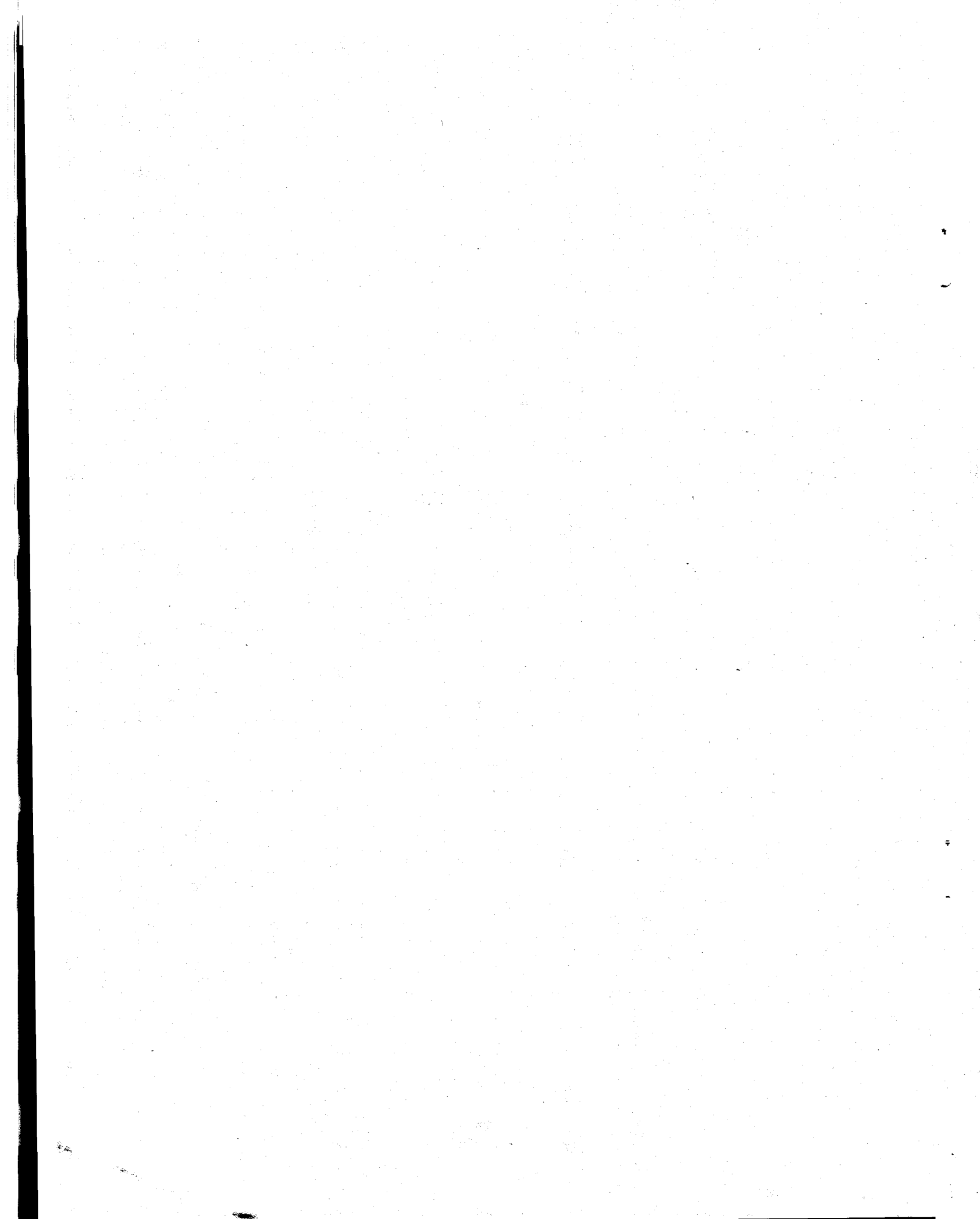
Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la exclusividad de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

# I N D I C E

	Página
CAPITULO I .....	1.
CAPITULO II .....	7.
CAPITULO III .....	15.

1954

CAPITULO I



Tradicionalmente, analizar el comportamiento político de la mujer equivale a compararlo con el del hombre, de manera de identificar aquellas diferencias que, a partir de ciertos intereses -teóricos o prácticos-, se estiman relevantes. Este recurso de método, consistente en recurrir a comparaciones respecto de los patrones de conducta exhibidos por otras categorías sociales u otros grupos sociales, no es gratuito ni obedece a un prejuicio cultural. Son precisamente las diferencias de comportamiento -en este caso, entre uno y otro género: femenino y masculino- las que plantean interrogantes que demandan explicaciones. Si en el seno de la sociedad todos los grupos y categorías sociales se comportaran de modo homogéneo, nada habría que despertara curiosidad e incentivara a buscar explicaciones.

Ciertamente, la atención podría recaer en diferencias observadas al interior de un mismo género. Por ejemplo, es previsible que el comportamiento de las mujeres varíe según tipos de situación socioeconómica, y de hecho hay diferencias claras en ese sentido. Al fin y al cabo, la expresión mujer, utilizada como rótulo para etiquetar una categoría social, esconde una gran diversidad. No obstante, hay razones para suponer que, sin perjuicio de esa diversidad, las situaciones que viven la casi totalidad de las mujeres comparten ciertos rasgos en común, distintos de aquéllos que caracterizan a las de los hombres, y que estas diferencias generan determinados efectos, que a su vez se añaden -de maneras probablemente complejas- a efectos producidos por otras clases de circunstancias. Es por ello que la comparación con los patrones de comportamiento masculinos es un tema principal y previo en los estudios sobre la mujer.

En el dominio de la vida política, una de las diferencias entre comportamiento femenino y comportamiento masculino que ha adquirido mayor visibilidad social dice relación con el carácter más conservador de las actitudes y conductas de las mujeres. Históricamente, la política en nuestro país no ha escapado a esta constante. Desde que las mujeres conquistaron el derecho a participar en la elección de autoridades para cargos de representación popular, los resultados electorales mostraron sistemáticamente una votación femenina por los partidos de izquierda menor que la votación masculina en aproximadamente un diez por ciento. Esa tendencia se mantuvo hasta 1973 y volvió a reproducirse en el plebiscito de 1988 y en la elección presidencial y parlamentaria de 1989. En octubre de 1988, la votación femenina por la opción NO fue inferior a la obtenida por esa misma opción en el electorado masculino, y en diciembre de 1989 la votación femenina por el actual Presidente fue inferior a la que éste logró entre los hombres.

Esa regularidad del comportamiento electoral femenino es quizás la diferencia más llamativa exhibida por la participación de las mujeres en la vida política al compararla con la participación masculina. Sin embargo, existen otras que si bien sobresalen

menos, son igualmente importantes tanto en términos de las interrogantes que plantean al análisis y a la explicación, como respecto de las previsiones que quepa hacer sobre el futuro de la participación de la mujer en política.

Una de esas características dice relación con el nivel de involucramiento en la vida política que se observa en las mujeres, nivel de involucramiento que es sistemáticamente más bajo en ellas que en los hombres.

Para fines analíticos, se pueden distinguir dos dimensiones en el involucramiento en política de las personas. Por una parte, una dimensión objetiva, de comportamiento exteriorizado, que incluye una gran diversidad de conductas y acciones realizadas con una clara intencionalidad política, o comportamientos que si bien carecen de esa intencionalidad en lo inmediato, poseen sin embargo una relación directa con el acontecer político: por ejemplo, conversar o discutir sobre política con otros, o informarse sobre hechos políticos a través de los medios o escuchando opiniones de otros. Por otra parte, una dimensión subjetiva consistente en actitudes y orientaciones, tanto generales como específicas, hacia la política y sus diversas manifestaciones.

Sin duda, ambas dimensiones están relacionadas. Con una probabilidad muy alta, un nivel bajo de involucramiento subjetivo en política va a estar asociado con un nivel igualmente bajo de involucramiento objetivo en ella. Es infrecuente que alguien caracterizado por una actitud negativa o de lejanía respecto de la política, que no se interesa en general por ella, que posee escasa información sobre el medio político que lo rodea, que no hace mayores esfuerzos por obtener esa información, o que simplemente rechaza la información políticamente relevante, sea a la vez una persona políticamente muy activa. Normalmente, un bajo involucramiento subjetivo en política conduce a la apatía e inactividad políticas.

Ciertamente, un alto involucramiento subjetivo en política no garantiza que la persona sea efectivamente alguien políticamente activo. El grado de participación efectivo en política no depende sólo de la existencia de actitudes y orientaciones que favorezcan esa participación. Es también en gran medida una cuestión de oportunidades y costos. Si hasta hace cuatro décadas atrás la participación política femenina era prácticamente inexistente, la explicación hay que verla en una institucionalidad que vedaba a las mujeres el acceso a las oportunidades normales de participación, reservadas exclusivamente para los hombres. Bajo condiciones dictatoriales, los bajos niveles de actividad política, tanto de mujeres como de hombres, están determinados principalmente por los costos personales potencialmente muy altos que se pueden pagar por el involucramiento en política.



Se puede presumir que la inexistencia de oportunidades de participación institucionalizadas y socialmente reconocidas como legítimas, o la vigencia de condiciones que elevan considerablemente los costos potenciales de la actividad política, producen situaciones caracterizadas por una depresión generalizada de los niveles de involucramiento subjetivo en política, pero sería erróneo atribuir la inactividad política que se observa a esos niveles deprimidos de involucramiento subjetivo. Lo que acontece tiene fundamentalmente que ver con los rasgos estructurales de la situación y las posibilidades de cambio hacia una vida colectiva políticamente más activa hay que examinarlas en relación con esos rasgos.

Podría pensarse que bajo condiciones como las que imperan en las democracias contemporáneas, donde existen oportunidades de participación institucionalizadas y socialmente legitimadas y los costos personales potenciales de la participación son inexistentes o muy improbables, se obtienen casi automáticamente niveles altos de involucramiento objetivo en política, que se corresponden con niveles igualmente altos de involucramiento subjetivo. Se sabe que ello no es así. Hay democracias altamente desarrolladas, como la de Estados Unidos, donde la participación política y el involucramiento subjetivo en ella muestran una tendencia secular a declinar. Lo característico de las democracias contemporáneas es una estratificación de la población en segmentos que combinan de maneras variables involucramiento objetivo y subjetivo. En el caso de las mujeres, la tendencia es a que exhiban bajos niveles de involucramiento, tanto objetivo como subjetivo. Vistas las cosas desde el punto de vista del comportamiento individual femenino, la hipótesis de una determinación de una baja participación por la presencia de actitudes y orientaciones coherentes con esa conducta es una hipótesis eminentemente plausible. Lo que resta es identificar aquellas circunstancias asociadas a la condición femenina que den cuenta del por qué de ese involucramiento subjetivo comparativamente más bajo.

En Chile, si bien los estudios sistemáticos sobre el comportamiento político de la mujer son casi inexistentes, el juicio que cualquier persona medianamente imparcial se puede hacer sobre el estado de cosas prevaleciente confirma las generalizaciones recién expuestas: al compararlas con los hombres, las mujeres propenden subjetivamente a guardar una relación de lejanía con la política y por consiguiente a ser políticamente menos activas. El Cuadro No. 1 corrobora esa impresión respecto de un indicador clásico del involucramiento subjetivo en política: cuánto le interesa a la persona la política.

Ese cuadro muestra, en términos porcentuales, la distribución de respuestas de hombres y mujeres a una pregunta muy simple:

En términos generales, ¿diría Ud que la política le interesa mucho, bastante, poco o nada?.

Los datos provienen de una encuesta realizada en el Gran Santiago durante el mes de noviembre y la primera semana de diciembre de 1987 <sup>1/</sup>. Las circunstancias políticas generales prevalecientes en esa época deberían hacer pensar en niveles de interés por la política más bajos que los existentes hoy en día. Si bien encuestas posteriores revelan efectivamente un aumento de los niveles de interés, las diferencias entre ambos sexos observadas en el Cuadro No. 1 -todas ellas significativas- se han mantenido durante 1988 y 1989.

CUADRO No. 1

EN TERMINOS GENERALES,  
¿DIRIA UD. QUE LA POLITICA LE INTERESA MUCHO,  
BASTANTE, POCO O NADA?  
(N = 3089)

PORCENTAJES		
	Hombres	Mujeres
Mucho	12	7
Bastante	22	15
Poco	33	34
Nada	32	43
No responde	1	1
TOTAL	100	100

Si en el Cuadro No. 1 se agregan las dos primeras respuestas, se tiene que un 34% de los hombres expresan mucho o bastante interés por la política mientras que sólo lo hacen un 22% de las mujeres. Esta diferencia de doce puntos porcentuales es sin duda alta. Más interesante aún es el hecho de que esa diferencia contribuye

<sup>1/</sup> La encuesta, aplicada a una muestra aleatoria cuyo tamaño se precisa en el Cuadro I, fue llevada a cabo por FLACSO como primera etapa de una investigación con diseño de panel, volviéndose a entrevistar a las mismas personas incluidas en la muestra original en agosto de 1988 y en noviembre de 1989. Para los fines del presente trabajo que aquí se podrían emplearse datos provenientes de encuestas más recientes, pero se ha optado por ésta en razón del tamaño de la muestra, lo que permite efectuar análisis imposibles de hacer con muestras más pequeñas.

fundamentalmente a incrementar el porcentaje de mujeres que expresan nada de interés por la política. Si se dicotomizara la variable en cuestión, distinguiendo entre quienes tienen algún interés por la política y quienes carecen de todo interés por ella, sólo un 56% de las mujeres quedarían en la primera categoría, en contraste con el 67% de los hombres que están en esa situación 2/.

Ciertamente, el grado de interés por la política es un indicador muy rudimentario de un fenómeno tan complejo como el involucramiento subjetivo en política. Sin embargo, es una dimensión crucial. Quien no se interesa por la política no se va a preocupar por informarse sobre ella. Adicionalmente, su atención a los estímulos políticos que se generan en su entorno va a ser baja, produciéndose así un círculo vicioso en el que la ausencia de interés lleva a un medio ambiente social pobre en incentivos que estimulen ese interés, lo que a su vez refuerza la ausencia de interés. Quien no se interesa por la política va a limitar su participación sólo a aquellas conductas exigidas por fuertes presiones sociales, como inscribirse en los registros electorales y votar, con el agregado de que esa participación la llevará a cabo en términos de decisiones desinformadas y, por consiguiente, caracterizadas por una baja racionalidad

La constatación de que el nivel de involucramiento subjetivo de las mujeres en política, al menos en términos de una de sus dimensiones importantes, es más bajo que en los hombres es ya de por sí relevante. La pregunta que surge de inmediato es qué es lo que explica esa diferencia. Las páginas que siguen exploran algunas posibles respuestas a esa pregunta.

---

2/ Vale la pena destacar que los resultados exhibidos en el Cuadro I se refieren a una muestra extraída de una población tan urbana como es la del Gran Santiago. Con certeza, estimaciones análogas construidas a partir de muestras nacionales, que incluyan población rural, semi-rural y urbana no metropolitana, van a mostrar diferencias aún mayores entre mujeres y hombres.

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

CAPITULO II

1971

Se pueden identificar tres hipótesis tentativas generales para explicar diferencias entre comportamiento femenino y comportamiento masculino como las que muestra el Cuadro No. 1. Estas tres hipótesis corresponden a otras tantas teorizaciones sobre las peculiaridades de la condición femenina y los efectos que ellas tienen sobre el comportamiento de la mujer :

1. **SOCIALIZACION DE LAS MUJERES EN VALORES, NORMAS Y ACTITUDES ESPECIFICAS, DISTINTAS DE LAS ORIENTACIONES HACIA LA POLITICA EN QUE SON SOCIALIZADOS LOS HOMBRES.**

Se trata de la hipótesis general más clásica sobre la particularidad de la condición femenina. En términos del involucramiento subjetivo de las mujeres en política y de su participación en ella, esta idea tiene ciertamente asidero en esa evidencia de sentido común sedimentada a partir de siglos de historia política.

Tradicionalmente, la política ha sido un asunto de hombres y las mujeres han actuado en ella sólo excepcionalmente, desde posiciones que muchas veces han sido socialmente marginales, carentes de legitimidad social. En consonancia con ello, el rol de la mujer ha sido definido como apolítico. Su desempeño cabal no sólo excluye el involucramiento en política, sino que en rigor es incompatible o contradictorio con ese involucramiento. En armonía con esa definición, la mujer ha sido socializada tradicionalmente en orientaciones coherentes con ese apoliticismo que se exige de ella y el desinterés por la política sería simplemente un producto previsible de la interiorización de esas orientaciones.

Esta descripción parece perfectamente válida para el Chile del siglo XIX y de la primera mitad del siglo actual. Pero es indudable que la condición femenina, tanto en lo que atañe a su relación con la vida política como respecto de múltiples otras dimensiones de la vida social y económica, comenzaron a cambiar con rapidez durante las cuatro últimas décadas. Hoy en día, los desarrollos que experimenta la cultura política chilena tienden a reprimir y desvalorizar las expresiones abiertas de esa visión tradicional de la relación que debería existir entre mujer y política. Contrariamente, la aprobación social recae en la idea de una igualdad ciudadana de mujeres y hombres, y la creciente participación de la mujer en actividades políticas de la más diversa índole no sólo es objeto de una valoración positiva, sino también como algo digno de ser estimulado.

No obstante, estos cambios distan de haber alcanzado un pleno desarrollo. Lo que se tiene es una sociedad en transición, en la que coexisten nuevas definiciones del rol femenino y de la relación de la mujer con la política conjuntamente con resabios tradicionales que aún son fuertes. Los procesos de socialización que experimentan las mujeres continúan transmitiendo orientaciones hostiles a su involucramiento en política y muchas de ellas interiorizan esa clase de actitudes 3/. Ello daría cuenta del hecho de que, pese a los cambios ocurridos, el comportamiento político de muchas mujeres siga siendo distinto del de los hombres, y precisamente en el sentido prescrito por las visiones tradicionales.

2. LA SITUACION LABORAL DE LA GRAN MAYORIA DE LAS MUJERES IMPLICA PARA ELLAS UN ENTORNO SOCIAL PARTICULARMENTE POBRE EN ESTIMULOS O INCENTIVOS PARA INVOLUCRARSE EN POLITICA.

Hasta muy avanzado el presente siglo, la división social del trabajo que caracterizó a la sociedad chilena implicó una especialización de las mujeres fundamentalmente en actividades domésticas. Si bien la naturaleza de esas actividades es muy distinta según la posición socioeconómica del grupo familiar al que la mujer ha arribado en su vida adulta, o según la clase social de la que es originaria, todas ellas comparten un rasgo en común: se trata de actividades que se realizan en un entorno o medio familiar socialmente aislado y que implican una muy escasa interacción con personas ajenas a ese entorno familiar.

Esta especialización de la mujer en las actividades propias del ámbito doméstico se tradujo en su virtual reclusión o confinamiento a una vida privada, en los hechos lejana del mundo y particularmente del mundo político, sin duda una de las dimensiones esenciales en el concepto clásico de vida pública.

---

3/ A esta argumentación habría también que agregar que en la sociedad existe un contingente importante de mujeres que, en razón de su edad, son el producto de una socialización en actitudes y orientaciones tradicionales. Su presencia puede explicar la mantención de diferencias relevantes entre comportamiento político femenino y masculino. Si se acepta esta explicación, o se le otorga un gran peso en la explicación de las diferencias observadas, habría que inferir que ellas se van a atenuar progresivamente a través de la mera operación de los procesos demográficos. La importancia que pueda tener la edad en la explicación de las peculiaridades del comportamiento político femenino es un tema que no se abordará en estas páginas, pero que sin duda debería ser objeto de atención en análisis futuros.



A su vez, esa lejanía de hecho respecto del mundo fue reforzada y defendida -no sólo por los hombres, sino también por las mismas mujeres- a partir de las orientaciones ideológicas predominantes que postularon siempre una valorización positiva de ella 4/.

Lo que importa destacar es que esa especialización de la mujer en actividades domésticas conduce a una vida necesariamente muy pobre en estímulos e incentivos para involucrarse en política. El interés por la política no es algo que se despierte espontáneamente en las personas. Mucho más que un hecho individual, es el producto de circunstancias sociales exteriores a la persona, y en este sentido es altamente dependiente de la naturaleza de las interacciones cotidianas que ella experimenta. En razón de su situación laboral, la condición femenina es análoga a la de personas que desempeñan ocupaciones caracterizadas por un aislamiento social importante. Por ejemplo, a la de un pequeño propietario agrícola, o a la del vigilante de un faro.

Una vez más, el estado de cosas recién descrito ha experimentado cambios importantes en las últimas décadas. Se ha asistido a una progresiva "incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo" o a la "población económicamente activa" 5/. Adicionalmente, esta incorporación de la mujer al mercado de trabajo se ha expresado también en una creciente erosión de diversas barreras de entrada a distintos tipos de ocupación, tradicionalmente reservados para los hombres. De acuerdo a la hipótesis reseñada, estos procesos deberían estar produciendo niveles de involucramiento femenino en política sustancialmente mayores que en el pasado. No obstante, una vez más, la situación es de transición. El número de mujeres especializadas en actividades domésticas

---

4/ Quizás ese viejo aforismo de la cultura anglosajona que dice que para un inglés su casa es su castillo es la mejor expresión de la consagración cultural del carácter valioso atribuido a la lejanía del ámbito doméstico respecto de la sociedad. Otro hecho digno de destacarse es la resistencia a calificar de trabajo las actividades domésticas femeninas. Más allá de argumentaciones técnicas sobre la imposibilidad de asignarles un precio, argumentaciones que por lo demás habrían carecido de sentido hasta pocas décadas atrás, lo más probable es que ella exprese tanto el hecho como el deseo de no contaminar el ámbito doméstico con categorías provenientes del mundo.

5/ Las comillas y los subrayados se explican por sí mismos. Cuando se habla de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo o a la población económicamente activa implícitamente se está negando el carácter de trabajo a las actividades domésticas, negación que hoy en día pocas mujeres estarían dispuestas a tolerar. En rigor, debería hablarse de incorporación de la mujer al mercado de trabajo.

continúa siendo mayoritario <sup>6/</sup>. De esta manera, para un número importante de mujeres su condición sigue implicando un entorno social particularmente pobre en estímulos e incentivos para involucrarse en política, quizás sólo atenuada por la mayor riqueza de interacciones sociales que la vida contemporánea necesariamente supone y por la existencia de medios de comunicación de masas. Este carácter de la situación explicaría la persistencia de diferencias sustanciales entre el comportamiento político femenino y el masculino.

3. LA TRAMA DE RELACIONES COTIDIANAS DE PODER EN LA QUE ESTAN INMERSAS LAS MUJERES IMPLICA COSTOS PERSONALES POTENCIALES SIGNIFICATIVOS PARA EL INVOLUCRAMIENTO EN POLITICA.

La vida no es sólo conflicto. Es también, y de una manera muy importante, cooperación. De hecho, innumerables situaciones conflictivas no tienen una resolución satisfactoria sino a través de un grado importante de cooperación desplegado por las partes en conflicto. No obstante, la vida es también conflicto y ello explica que esté atravesada por una trama de relaciones de poder que afecta aún aquellas interacciones cotidianas que usualmente se conciben como muy ajenas al ejercicio de poder y a los comportamientos estratégicos.

Tradicionalmente, tanto en su relación de pareja como en general en sus relaciones con los hombres, la mujer ha estado inmersa en una red de relaciones de poder que le ha sido notoriamente adversa. Toda vez que sus intereses han chocado con los de algún hombre, la probabilidad de salir perdedora ha sido muy alta, y esto siempre ha adquirido particular relevancia para la experiencia femenina de la vida en pareja. Lo anterior no significa que las mujeres hayan sido objetos absolutamente inermes frente a los hombres. La literatura abunda en ejemplos de uso estratégico exitoso por mujeres de diversos recursos, especialmente la explotación de afectos y pasiones. Pero se trata de estrategias oblicuas, cuyo empleo ha estado circunscrito a la obtención de fines muy limitados que, al obtenerse, no afectan sustancialmente los intereses masculinos más básicos. En cambio, por regla general la rebeldía femenina abierta, que enfrenta intereses masculinos importantes, ha sido históricamente aplastada sin mayor misericordia.

---

<sup>6/</sup> De paso, no puede dejarse de mencionar el hecho de que en los mercados de trabajo subsisten prácticas discriminatorias, tanto en términos de remuneraciones como expresadas en la existencia de barreras de entrada a ciertas ocupaciones y a posiciones superiores en las organizaciones económicas.

El involucramiento de la mujer en política ha entrado en contradicción con intereses masculinos <sup>7/</sup> no sólo en razón de las orientaciones ideológicas tradicionales sobre el rol de la mujer, sino también porque acarrea consigo costos efectivos o potenciales para la vida cotidiana de la mayoría de los hombres. Tanto el tiempo como la atención son bienes escasos, y en el caso de cualquier persona la preocupación por la política y el desarrollo de actividades políticas compiten con otros usos alternativos de ellos. La idea de que la mujer no debe meterse en política porque al hacerlo descuida sus tareas y obligaciones podrá ser parte de un folklore hoy desacreditado, pero encierra bastante más que un grano de verdad. Por consiguiente, ese involucramiento va a generar situaciones cotidianas conflictivas entre hombre y mujer que, dada la mayor riqueza de recursos de poder a disposición del hombre, tienen una alta probabilidad de zanjarse a favor del primero. En otras palabras, el involucramiento en política encierra para la mujer costos potenciales personales importantes que procurará evitar. A la vez, al buscar consistencia entre su subjetividad y sus comportamientos acabará por desinterarse de la política, o por orientarse hacia ella de modo de hacerse inmune a los estímulos que solicitan su involucramiento.

Nuevamente, los tiempos han cambiado, pero también subsisten continuidades significativas respecto del pasado. La trama de relaciones de poder en que están inmersas muchas mujeres es hoy más equitativa que antes, pero otro número considerable de ellas siguen experimentando situaciones poco distintas de las que caracterizaron al pasado, incluyendo el maltrato físico frecuente en los grupos sociales más destituidos. Adicionalmente, las razones más estructurales que hacen contradictorio el involucramiento político de las mujeres con intereses cotidianos masculinos en gran medida persisten. Por consiguiente, ese involucramiento sigue comportando costos personales potenciales altos para muchas mujeres y ello explicaría las diferencias que aún se observan en las orientaciones y comportamientos políticos de mujeres y hombres.

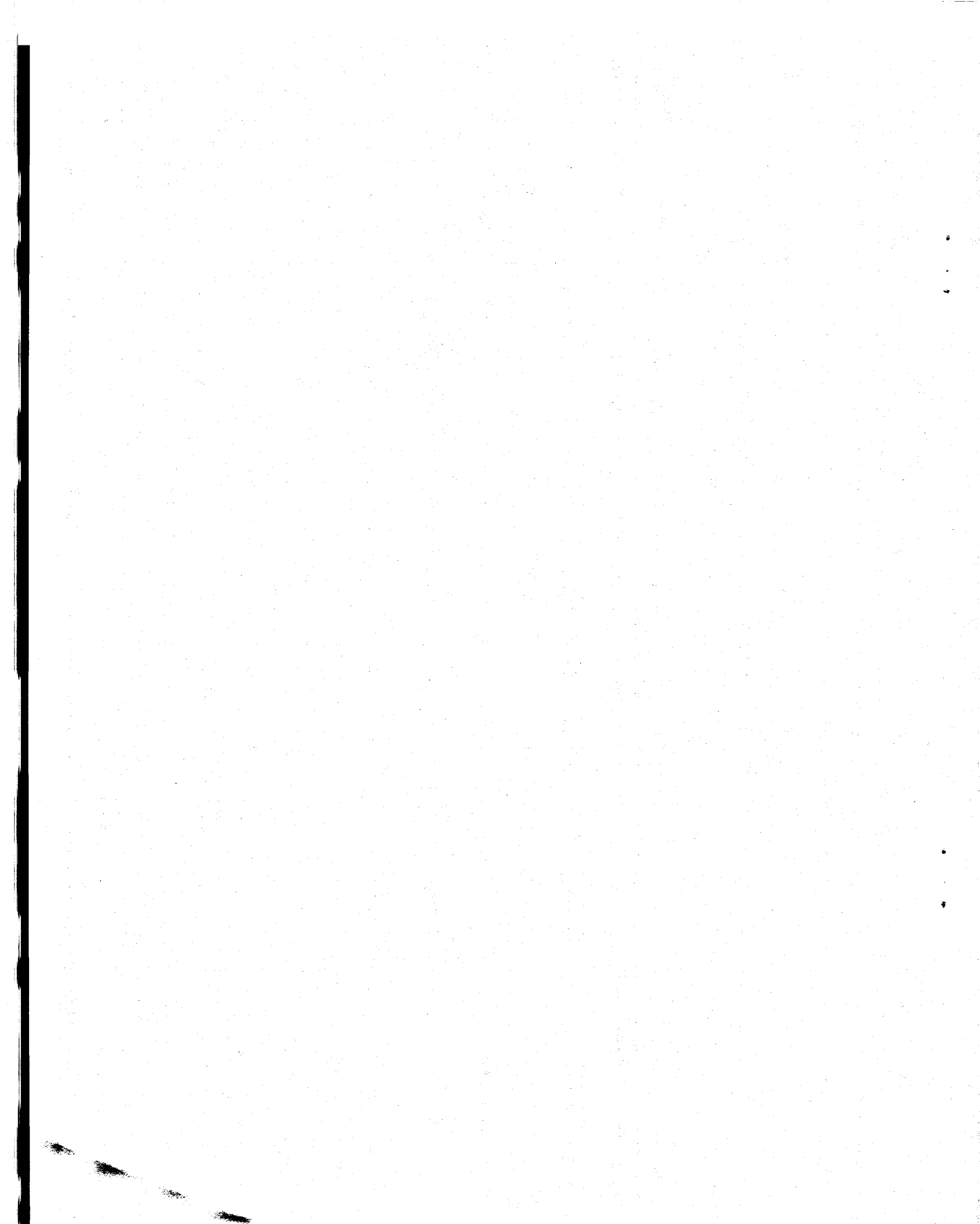
Las tres hipótesis generales esbozadas no son necesariamente incompatibles entre sí. No se puede dejar de tener la impresión de que cada una de ellas rescata una parte de la verdad. Se trata de distintos énfasis más que de ideas excluyentes unas de otras. En este sentido, el camino más fecundo parece consistir en tratarlas como complementarias y no como rivales. No obstante,

---

<sup>7/</sup> Parece innecesario recordar la evidencia histórica sobre la existencia en los hechos de esa contradicción. Si el lector o lectora tiene dudas sobre ello, basta con que recuerde que la obtención del derecho a voto por la mujer no parece haber sido en ninguna parte un asunto armonioso y cooperativo. Contrariamente, siempre se ha tratado de procesos conflictivos.

aceptando que cada una de ellas selecciona un rasgo válido de la realidad, se plantea la pregunta sobre la contribución específica que cada aspecto iluminado selectivamente por alguna de estas tres hipótesis hace en la determinación del comportamiento político de las mujeres. ¿Qué es más importante para explicarse el nivel de interés por la política comparativamente más bajo que exhiben las mujeres: la subsistencia social de actitudes tradicionales que muchas mujeres interiorizan, el hecho de que un número importante de ellas sigue confinado al ámbito de las actividades domésticas, o la existencia de una trama de relaciones cotidianas de poder desventajosas para muchas mujeres?. Esta pregunta, que tiene connotaciones prácticas desde el punto de vista de un interés por fomentar la participación femenina, es la que se explora en la sección siguiente a la luz de la evidencia empírica que proporcionan los datos de la encuesta ya empleada en el Cuadro No. 1.

CAPITULO III



Supóngase que el menor interés por la política observado en las mujeres se explica principalmente porque muchas de ellas interiorizan orientaciones que a falta de mejor rótulo se pueden calificar de tradicionales. Cabe entonces preguntarse si existe algún mecanismo de socialización en la sociedad chilena contemporánea del que se pueda razonablemente afirmar que opere en un sentido contradictorio con esas orientaciones. Si ese mecanismo existe, entonces cabría esperar de las mujeres que han experimentado una mayor exposición a su operación un comportamiento distinto del que muestran aquellas mujeres menos expuestas a él: las primeras deberían exhibir más interés por la política que las segundas, acercándose al nivel que caracteriza a los hombres.

Se puede considerar que la educación formal, con las características que en general ha adquirido durante las últimas décadas, constituye un mecanismo de socialización que posee el rasgo buscado. Sin duda, este supuesto es controvertible. La educación formal chilena sigue incluyendo aspectos que, desde el punto de vista que aquí interesa, cabe calificar de tradicionales. Sin embargo, pese a ello se trata de un mecanismo de socialización que muestra una tendencia duradera a transmitir predominantemente orientaciones universalistas, opuestas al particularismo de género que caracterizó la formación de hombres y mujeres en el pasado. En consecuencia, es por lo menos plausible admitir que mientras más educación haya recibido una mujer, mayor es la probabilidad de que manifieste interés por la política.

En general, cuánto más educada es una persona, mayor es la probabilidad de que se interese por la política, según lo muestra el Cuadro No. 2. En ese cuadro, construido a partir de los mismos datos empleados en el Cuadro No. 1, se han distinguido tres niveles de educación formal, utilizando la información sobre escolaridad proporcionada por el propio encuestado 8/: baja, que incluye desde los que no tienen ninguna educación hasta los que declaran ocho años de educación; media, que comprende entre nueve y doce años de educación; y alta, que incluye a los que tienen trece o más años de educación. Una manera conveniente de resaltar las diferencias que se muestran en el Cuadro No. 2 consiste en agregar las dos primeras categorías de respuestas -mucho y bastante interés- y las dos últimas: poco interés y nada de interés. En los encuestados de baja educación, un 17% expresan mucho o bastante interés frente a un 80% que dicen que la política les interesa poco o nada. En el caso de los encuestados cuyo nivel de educación es intermedio, las cifras correspondientes son un 26% y un 73%, observándose ya una mejoría en el involucramiento subjetivo en política. Al transitar al nivel alto de educación el cambio es dramático: un 45% expresa

---

8/ Concretamente, la pregunta que se hizo al entrevistado es la siguiente: ¿Me podría decir cuál es el último año de educación que Ud. aprobó?

mucho y bastante interés frente a un 53% al que la política le interesa poco o nada.

CUADRO No. 2  
INTERES POR LA POLITICA SEGUN NIVELES DE EDUCACION  
(porcentajes)

INTERES POR LA POLITICA	EDUCACION		
	baja	media	alta
Mucho	5	9	14
Bastante	12	17	31
Poco	25	39	36
Nada	55	34	17
No responde	3	1	2
<b>TOTAL</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	<b>100</b>

Las razones que dan cuenta de este impacto générico de la educación sobre el involucramiento en política son complejas, y su examen detallado escapa a los límites de este trabajo <sup>9/</sup>. En el caso de las mujeres, cabría esperar que este efecto générico también se diera. No obstante, si lo que explica la diferencia con los hombres en cuanto a involucramiento en política es la subsistencia de orientaciones tradicionales, y si la exposición a los procesos de educación formal tienden a neutralizar esas orientaciones, ese impacto debería reforzarse considerablemente. En otras palabras, la diferencia con los hombres debería reducirse progresivamente a medida que las mujeres tienen más educación.

Los resultados que se muestran en el Cuadro No. 3 contradicen esa previsión. En ese cuadro, las cifras de cada casilla indican el porcentaje de encuestados que, en el grupo definido por esa celda, dicen que su interés por la política es mucho o bastante. Por ejemplo, en el caso de la celda superior izquierda se tiene que un 23% de los hombres con baja educación dieron una de esas dos respuestas. Se trata de una modalidad conveniente de medir el nivel de interés por la política que caracteriza a un grupo de

9/ Sobre el punto, véase : Angel Flisfisch, Consenso democrático en el Chile autoritario, en Cultura Política y Democratización, N. Lechner compilador, Santiago, editado por CLACSO-FLACSO-ICI, 1987.



personas definido a partir de los valores que ciertas variables relevantes adquieren en los individuos que conforman el grupo, en este caso, las variables sexo y educación. Según se observa, tanto en mujeres como en hombres la educación tiene un impacto positivo sobre el interés por la política: a medida que la educación aumenta, el interés por la política crece. A la vez, tanto en mujeres como en hombres, el salto en educación desde el nivel bajo al nivel medio produce un aumento de magnitud similar en el interés por la política: ocho puntos porcentuales en el caso de los hombres y siete puntos porcentuales en el caso de las mujeres. Al transitar desde el nivel medio al nivel alto de educación, el impacto en el interés por la política se magnifica para ambos sexos y es sustancialmente mayor en las mujeres que en los hombres: para las segundas es de dieciocho puntos porcentuales, lo que contrasta con los doce puntos porcentuales de aumento en el caso de los hombres.

CUADRO No. 3

PORCENTAJE QUE DICE TENER MUCHO O BASTANTE INTERES  
POR LA POLITICA PARA HOMBRES Y MUJERES,  
DISTINGUIENDO TRES NIVELES DE EDUCACION

	EDUCACION		
	baja	media	alta
Hombres	23	31	53
Mujeres	15	22	40

Por consiguiente, desde el punto de vista de una preocupación por un mayor involucramiento de las mujeres en la vida política, la educación es ciertamente una variable crucial. Aún más, está claro que para ellas el hecho de contar o no con alguna educación superior implica una diferencia bastante dramática, lo cual no acontece con los hombres.

No obstante, pese a los efectos de la educación las mujeres siguen en "desventaja" respecto de los hombres. En los tres niveles de educación que se han distinguido, el interés por la política es mayor en los hombres que en las mujeres. Adicionalmente, la diferencia en el nivel de interés, en vez de atenuarse a medida que la educación aumenta, se acentúa, alcanzando trece puntos porcentuales en el nivel alto de educación.

Lo anterior no debería llevar a decidir que la hipótesis que ve en la subsistencia de orientaciones tradicionales la explicación de las particularidades del comportamiento político femenino tenga que ser desechada radicalmente. El impacto que genera en las mujeres el tránsito desde el nivel medio al nivel alto de educación es una clara prueba de la inconveniencia de ese rechazo. Probablemente, es en la exposición a la educación superior donde tiene lugar la neutralización más acabada de esas orientaciones tradicionales. Lo que sí parece razonable concluir es que la socialización en ellas -y por ende, la educación- no es lo único que está en juego en la determinación del comportamiento político femenino. Hay peculiaridades de ese comportamiento de las que la educación no da cuenta.

Como se señaló anteriormente, una de las explicaciones alternativas para esas peculiaridades pone el acento en la situación laboral de la mujer, especialmente en la especialización en actividades domésticas que caracteriza a muchas de ellas.

CUADRO No. 4

INTERES POR LA POLITICA EN HOMBRES,  
MUJERES QUE TRABAJAN FUERA DEL HOGAR  
Y MUJERES DUEÑAS DE CASA

I N T E R E S			
	hombres	mujeres que trabajan fuera	dueñas de casa
Mucho	12	8	5
Bastante	22	2	11
Poco	33	35	33
Nada	32	35	50
No responde	1	1	1
<b>TOTAL</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	<b>100</b>

Los datos de la encuesta empleada para el presente análisis permiten distinguir, dentro de las mujeres, dos categorías: la de las mujeres que trabajan fuera de la casa y la de aquéllas que son sólo dueñas de casa. A partir de esa dicotomía, se ha construido el Cuadro No. 4. La situación laboral de la mujer tiene un claro impacto en la probabilidad de que se interese por la

política. Las mujeres que trabajan fuera de la casa exhiben un comportamiento muy similar al de los hombres: las diferencias entre ellos son menores y los niveles de interés que ambos muestran son sustancialmente mayores que los que caracterizan a las dueñas de casa. Desde el punto de vista de la preocupación por una relación más activa de la mujer con la política, esta segunda variable es a primera vista más crucial que la educación. Ello no deja de tener implicaciones prácticas poco gratas. Sin duda, es más fácil neutralizar o contrarrestar los efectos de unos procesos de socialización que llevan a la interiorización de orientaciones tradicionales que transformar significativamente la situación laboral femenina y sus características. Esto último sólo puede ser el efecto de un proceso de larga duración, de difícil control intencional por autoridades u otros agentes de naturaleza más social.

Obviamente, los dos tipos de situación laboral que se han distinguido en el Cuadro No. 4 esconden una gran diversidad de situaciones socioeconómicas y ocupacionales que van desde la de la empleada doméstica -que comparte rasgos esenciales con la de una dueña de casa en el sentido clásico- hasta la de una profesional universitaria exitosa. Convendría entonces explorar, más allá de los resultados exhibidos en el Cuadro No. 4, esa diversidad de situaciones y ver qué efectos tiene en términos de la variable que aquí ocupa la atención. Dentro de los variados significados que cabe atribuir a la educación, está también el de ser un buen indicador de la situación socioeconómica y ocupacional de la persona: es una variable altamente correlacionada con otras tales como ingreso, tipo de ocupación, prestigio ocupacional, lugar de residencia, etc. Por consiguiente, para simplificar el análisis se puede recurrir nuevamente a los tres niveles de educación ya empleados y observar que sucede, dentro de los dos tipos de situación laboral que se han distinguido, en cada uno de los niveles de educación.

El Cuadro No. 5, cuya construcción es análoga a la del Cuadro No. 3, muestra algunos resultados previsibles y otros inesperados. Dentro de lo previsible está el efecto de la educación, que nuevamente alcanza un impacto particularmente más acentuado al transitar desde el nivel medio al nivel alto de educación en ambos tipos de situación laboral. También está dentro de lo previsible que el nivel de interés por la política sea sistemáticamente mayor en las mujeres que trabajan fuera que en las dueñas de casa. Lo que no está dentro de lo previsible es la diferencia que se observa entre las mujeres con alto nivel educacional que trabajan fuera y los hombres en esa misma condición de educación. De hecho, esa diferencia demuestra que el notable acercamiento entre mujeres que trabajan fuera y hombres, que exhibe el Cuadro No. 4, es producto de las escasas diferencias entre mujeres que trabajan fuera en el nivel bajo y medio de educación y los hombres que se encuentran en esos mismos niveles. Ambas categorías de mujeres son mucho más numerosas que

las mujeres que trabajan fuera ubicadas en el nivel alto de educación, y por consiguiente contribuyen con un mucho mayor peso al promedio marginal de la categoría en su conjunto.

CUADRO No. 5

PORCENTAJE QUE DICE TENER MUCHO O BASTANTE INTERES  
 POR LA POLITICA  
 PARA HOMBRES, MUJERES QUE TRABAJAN FUERA  
 Y DUEÑAS DE CASA, DISTINGUIENDO TRES NIVELES DE EDUCACION

	EDUCACION		
	baja	media	alta
Hombres	23	31	53
Mujeres :			
- que trabajan fuera	19	28	42
- dueñas de casa	12	16	33

Este hallazgo es inesperado en el sentido de que, vistas las cosas a priori, todo haría esperar que para ese grupo de mujeres se observaran las menores diferencias respecto de los hombres. Contrariamente, resulta que en términos relativos la mayor aproximación la muestran las mujeres de educación media y baja que trabajan fuera. ¿Cómo explicarse entonces este fenómeno?

Según se dijo anteriormente, hay una tercera hipótesis que rivaliza con las dos ya exploradas en el esfuerzo por dar cuenta de las diferencias que se observan en el involucramiento en política de hombres y mujeres: esas diferencias se explicarían tanto por la existencia de una trama de relaciones cotidianas de poder que desfavorecen a las mujeres, como de un conflicto potencial o abierto, siempre presente, derivado del hecho de que el involucramiento en política compite por el tiempo de la mujer con otros empleos de ese tiempo, especialmente con un uso de él en actividades domésticas y familiares. Dado el carácter de la trama de relaciones cotidianas de poder y considerando que las preferencias masculinas por lo general se inclinarán por el empleo del tiempo femenino en actividades domésticas y familiares, esos conflictos tienen una alta probabilidad de resolverse en favor del no involucramiento en política.

Vistas las cosas en una primera aproximación, esta tercera hipótesis no ayudaría para nada a interpretar ese hallazgo, contradictorio aún con las expectativas de sentido común que plantea el Cuadro No. 5. En efecto, es más que plausible admitir que la naturaleza de las relaciones cotidianas de poder en que está inmersa una persona cambia según su situación socioeconómica y que a medida que el nivel socioeconómico de la mujer aumenta, menos desventajas tiene en el enfrentamiento de los múltiples conflictos que, quiérase o no, la vida cotidiana va deparando a cualquier persona. Adicionalmente, hay que considerar que son justamente las mujeres con educación alta que trabajan fuera de la casa las que objetivamente están en la mejor situación para resolver a favor de ellas esa rivalidad por el uso de su tiempo entre actividades domésticas y familiares, por una parte, y su empleo en política u otras actividades.

No obstante, a partir de la hipótesis que enfatiza el rol de las relaciones cotidianas de poder como elemento explicativo es posible identificar una respuesta plausible al problema encontrado 10/.

Entre otras cosas, una de las diferencias esenciales entre mujeres que trabajan fuera y dueñas de casa reside en que las primeras hacen un aporte monetario al presupuesto familiar. Esa contribución es un auténtico recurso de poder para la mujer, que le otorga una mayor "capacidad de negociación" y le permite relacionarse más simétricamente respecto del hombre en la vida familiar. Se puede suponer que cuánto más importante sea esa contribución, en términos de su "utilidad" para el presupuesto familiar, mayor es la simetría en las relaciones. A la vez, también cabe suponer que esa utilidad es mayor mientras menor es la magnitud absoluta del presupuesto y mientras mayor es la contribución relativa de la mujer a él. En otras palabras, cuánto más estrecho es el presupuesto, más importancia adquiere lo que aporta la mujer. Igualmente, cuánto más aporta la mujer al total del presupuesto, más importa para la familia lo que ella contribuye. A ello habría que agregar que es muy probable que cuánto más estrecho sea el presupuesto, mayor será la contribución relativa de la mujer a él.

De esta manera, y contra la evidencia más intuitiva, se va a tener que la capacidad de negociación de la mujer que trabaja fuera de la casa es mayor, y las relaciones cotidianas de poder más simétricas, en el caso de los hogares populares y de clase

---

10/ Más allá de la interpretación que se ofrece, el óptimo residiría en contar con datos sobre el estado de las relaciones cotidianas en que está inmerso el encuestado, particularmente en términos de las relaciones de poder al interior de la familia. Si bien son datos difíciles de generar mediante encuestas de aplicación masiva, no se trata de una tarea imposible. Desgraciadamente, la encuesta utilizada no contiene información sobre esta clase de variables.

media sujetos a estrecheces presupuestarias importantes. Esta previsión es consistente con el comportamiento de las mujeres que trabajan fuera, exhibido en el Cuadro No. 5.

